

pero el lugarteniente del Tono mandó suspender la ejecución por ver si le podia hacer prevaricar. Cogieronle la mano para hacerle firmar su abdicacion á la fé de Jesucristo, pero él tomó el papel y lo hizo pedazos, por lo cual le ataron á un palo y con tenazas candentes le arrancaron la carne de los dedos. Quemáronle en seguida el rostro y los costados por espacio de una hora entera, y para desfigurarle enteramente, le destrozaron el rostro con zarzas marinas, todo lo cual sufrió Juan con admirable paciencia.

12. Un viejo de Sucori, de edad de sesenta y ocho años, llamado Tomás, tenía un hijo, al cual apremiaba infinito el gobernador para hacerle prevaricar. Juan, que este era el nombre del hijo, se mantuvo siempre constante, por lo que le dijo al fin el gobernador, que se preparase con su padre al castigo que le impondria el Tono. El jóven contó á su padre la amenaza del gobernador, y el padre inspirado de la divina gracia, calmó la zozobra de su hijo, y decia á sus amigos, admirados de su fortaleza : — Ayúdame á dar gracias al Todopoderoso, y á emplear bien el poco tiempo que me queda de vida. — Bucondono, cansado de discurrir el modo de seducir á Juan, que cada vez permanecia mas firme en la fé, mandó que el padre y el hijo fuesen ajusticiados de un modo sumamente cruel. El gobernador á quien se encargó la ejecución, hizo encandecer varias planchas de hierro, en donde mandó acostar á Tomás, sujetándole los verdugos por pies y manos y volviéndolo de una y otra parte para que quedase enteramente quemado, todo lo cual soportó el buen anciano con admirable fortaleza y en silencio. Habiendo espirado de aquel modo el padre, pusieron en el tormento á

Juan, que quedó consumido de igual modo por el fuego hasta quedarle los huesos enteramente descubiertos. Durante tan acerbo martirio no hizo mas que alabar á Dios.

13. Si alguno me criticase por la descripción que hago de tantos tormentos horribles, temiendo que su lectura pudiera causar desconfianza de sufrirlos, si alguno se encontrase en tal conflicto, ruego al lector que considere que en tiempo de persecucion, la fuerza para sufrir los tormentos, no ha de nacer por nosotros solos, sino que nos ha de ser infundida por Dios, que es todopoderoso y ha prometido oír al que invoca su divina gracia con entera confianza, pues espresamente dice : *Clamabit ad me, et ego exaudiam eum*. Ps. 9. v. 15. El que no tiene confianza en Dios, tampoco tiene fé, y este es el que dirá que no puede. Pero aquel que en el trance de necesitar los divinos auxilios, se encomienda á Dios, confiando en su promesa, este indudablemente será fortalecido por su divina omnipotencia, ya que hace decir á sus siervos : *Omnia possum in eo qui me confortat*. Phil. 4. v. 13; y de este modo han resistido los santos mártires estos y otros tormentos. Pero prosigamos la descripción de otras crueldades ejercidas con los santos confesores, que son el asunto de este libro.

14. Hicieron comparecer los gobernadores á los demas cristianos, y les dijeron si se sentian con bastante fortaleza para sufrir aquellos tormentos. Uno de ellos llamado Bartolomé se presenta al punto sin vacilar. El gobernador encendido de rabia empieza á darle tantos palos que lo dejó casi muerto, estendido en el suelo. En seguida se pusieron los verdugos á atormentar á las hijas de aquel héroe cristiano. Entre ellas, habia una

que se llamaba Regina, de edad de doce años, hermosa y discreta en sumo grado, y habiendo sido requerida para que renunciase á la fé, contestó que queria morir por Jesucristo; por lo que fué atada á un palo con la cabeza abajo y con una tea encendida le quemaron todo el cuerpo.

15. Hubo un niño llamado Pedro de edad de trece años, á quien para hacerle renegar lo ataron desnudo á un árbol y lo quemaron con teas encendidas, todo lo cual sufrió el jóven con singular constancia. Los verdugos no sabiendo ya como obligarle á renunciar á la fé, le pusieron un vaso lleno de fuego en la mano, diciéndole que si lo soltaba seria señal que renegaba de su fé. El muchacho tomó intrépidamente el vaso enrojecido y lo mantuvo en la mano hasta que el fuego hubo devorado toda su carne.

A un anciano de setenta y dos años de edad, llamado Simon, despues de haber desechado las sugerencias del gobernador para que renunciase á la fé, se le impuso que si no obedecia, se le obligaria á echarse él mismo sobre el fuego. El buen anciano lleno de fé y temiendo que si rehusaba el tormento daria señal de apostasía, se desnudó inmediatamente y se tendió sobre los carbones encendidos, en donde se le mandó que se volviese de un lado á otro, y despues que se tendiese de espaldas, y últimamente sobre el vientre, todo lo cual obedeció con tanta firmeza como humildad. El tirano confuso y avergonzado lo dejó, y los verdugos lo sacaron del fuego y lo mandaron á su casa para que se curase. Viendo el gobernador que mas habia podido Simon en sufrir, que él en martirizarlo, púsose á atormentar á sus hijos de un modo extraordinario. El padre luego que supó que

sus hijos habian salido tambien vencedores del combate con el tirano, les dijo al abrazarlos, que moria contento por haber visto su fidelidad hácia el verdadero Dios, y murió al cabo de diez dias de su suplicio.

16. Cierta buen cristiano que se llamaba Pablo y que gemia en la cárcel fué sacado un dia de su encierro y presentado al gobernador con sus tres hijos. Para amedrentarlo, le dijo aquel que indicase cuales dedos de la mano queria que se quitasen á Antonio, que era su hijo mayor. Pablo contestó que no le tocaba á él semejante cosa, y el tirano ordenó en consecuencia que se le cortasen tres de cada mano. El jóven cristiano presentó sus manos y sufrió el tormento con heroica constancia. Su hermano, llamado Baltasar, que le estaba contemplando, le dijo: — ¡O hermano mio, qué bellas me parecen tus manos mutiladas por la gloria de Jesucristo! — Y presentó su mano al verdugo, que se los cortó todos uno tras de otro. El hijo tercero, llamado Ignacio, de cinco años de edad, viendo que el verdugo se venia hácia él con el cuchillo ensangrentado, presentó por sí su tierna manecita, y aquel bárbaro no vaciló en cortarle uno de los dedos y presentárselo á la vista: en seguida le cortó otro y el inocente infante lo sufrió todo sin lamentarse. Despues de esto, se les condujo á alta mar, y fueron sumergidos en el agua y retirados despues, para atormentarlos con el frio en sazón de riguroso invierno, cuyo tormento hizo prevaricar á muchos. El intrépido Pablo, á pesar de haber presenciado la muerte de sus tres hijos, ahogados en aquellas bárbaras inmersiones, esperaba su martirio para seguirlos, pero fué transportado con otros á la playa, en donde le sellaron sobre el rostro con los caracteres de fuego que

contenian el nombre de cristiano, y ya se han descrito en otro lugar, y le cortaron los dedos. Esto no obstante, no cesaba de dar ánimo á sus compañeros de infortunio, y todos sufrieron con admirable fortaleza el mismo martirio. Desfigurados como quedaron fueron abandonados, y cada uno se dirigió á donde quiso. Pablo cayó desmayado, y contó despues que en aquel deliquio se le habian aparecido sus hijos para consolarle é infundirle valor y constancia. Vuelto despues en sí, se retiró á vivir en una cabaña, en donde pasó algun tiempo en estrema pobreza.

17. La libertad concedida á estos mártires no fué de gran duracion, porque Bucondono volvió á llamarles y habiéndose presentado todos, dispuso darles una muerte cruel que fué del modo siguiente. A dos leguas de Nangasaqui hay un monte bastante elevado y como cortado á pico, llamado el monte Ugen. Desde su cumbre se observaban tres ó cuatro abismos profundísimos llenos de aguas sulfurosas y en estado de hervor, á causa de los fuegos subterranos que aquel encierra. Estas aguas se arrojan de sus fuentes mezcladas de llamas de grande estension, y los Japoneses llaman á aquellas, *bocas del infierno*, y á las aguas, *aguas infernales*, las cuales se ven hervir como si estuviesen en una caldera rodeada de fuego, despidiendo mucho humo. Precipítanse del monte con espantoso fragor y forman varios estanques en donde se conservan tan calientes, que apenas tocan la carne penetran hasta los huesos. Encima de uno de estos horrorosos lagos fueron, pues, conducidos nuestros mártires, en numero de diez y seis, para ser precipitados desde lo alto á aquellos profundos abismos. Partieron pues para sufrir tan espantosa muerte los

mencionados santos, y entre ellos iban los heroes cristianos de quienes ya se ha hablado, Pablo, Gaspar y su hijo Luis, Juan, Alejo, y Joaquin, cantando por el camino divinas alabanzas. Habiendo llegado á la cumbre del monte examinaron con ánimo fuerte y tranquilo aquellos precipicios, y Pablo y el hijo de Gaspar entonaron el salmo : *Laudate Dominum omnes gentes, etc.* Concluido el salmo, Pablo empezó á exhortar á los idólatras, esplicándoles que no habia mas que un solo Dios verdadero, por cuya gloria sacrificaban ellos con júbilo sus vidas : y dirigiéndose luego á sus compañeros, los animaba á sufrir aquel martirio. Reunidos todos en el borde del precipicio, fueron desnudados por los verdugos, y atados por debajo de los sobacos con largas sogas, con el objeto de levantarlos y volverlos á sumergir á su placer en aquellas aguas infernales. El primero que debió sufrir tan espantosa muerte fué Luis, á quien habiendo mandado los verdugos que se precipitase, fortalecido por la divina gracia, se santiguó, y pronunciando los sagrados nombres de Jesus y de María, se arrojó impávido á terminar su glorioso martirio. Pablo advirtió entonces que no les era permitido arrojarlos por sí mismos, por lo cual, los verdugos se vieron precisados á empujar á todos los demas, y se reparó que anduvieron sobrenadando por aquellas aguas por largo espacio de tiempo, hasta que plugo al Señor llamarlos á su santa gloria. El último precipitado fué Pablo, aunque atado por los pies, y en vez de arrojarlo como á los demas, le bajaron cabeza abajo y lo sumergieron en las aguas, retirándolo en seguida medio muerto. Lo mismo hicieron por segunda vez, mientras el santo mártir repetia : « Alabado sea el Santísimo Sa-

cramento. » Finalmente al repetir la tercera inmersión, espiró Pablo en aquellas aguas, en donde le tenía Dios reservada la gloriosa corona, por tantos martirios resistidos tan santa y heroicamente por la fé. Sucedió este martirio en 1627.

18. Cansado Bucondono de perseguir á los hombres, se puso á perseguir á las mugeres, no perdonando medio para hacerlas prevaricar. Entre las tales hubo una llamada Magdalena, que violentada á escribir su nombre en el libro de las apostasias, dió un gran golpe sobre el libro, diciendo, que jamás obedecería á los ministros del demonio. Los jueces enfurecidos por tales palabras, le dieron infinitos palos, y la mandaron á la cárcel para ser conducida á morir en el mar. Cuando la llevaban al suplicio encontró por el camino á un hermano suyo llamado Gaspar. Los guardias le prendieron y le llevaron con ella igualmente atado; y habiendo llegado al mar, le quisieron obligar á que persuadiese á su hermana á inscribirse en aquel libro; pero Gaspar les contestó: — No permita Dios que cometa yo tan grande maldad, mas bien animaré á mi hermana á morir por la fé. — Los idólatras estuvieron á punto de echarlo al agua, y no lo hicieron porque no se habia hecho todavía proceso contra él. Por consiguiente dirigiéndose á Magdalena le dijeron por última vez, que ó renegase de Jesucristo ó se arrojase al abismo. La santa doncella les contestó de este modo: — No teneis que importunarme para que abandone mi santa fé: todos los tormentos del mundo no me harán abandonarla. En cuanto á que yo misma me arroje al mar, arrojadme vosotros cuando querais, que yo estoy pronta á sufrir la muerte por Jesucristo;

pero no á dárme la yo misma. — Atáronla entonces por los pies y la sumergieron en el agua por cuatro veces: últimamente la arrojaron al mar con una piedra atada al cuello, y de este modo alcanzó su gloriosa palma.

Despues de esto sumergieron por dos veces dentro del mar á otra muger llamada tambien Magdalena, muger de Juan, la cual despues de tantos padecimientos, viéndose á punto de ser precipitada con una gran piedra atada al cuello, miserablemente desfalleció y se confesó vencida. En lo sucesivo no hacia mas que llorar protestando que era cristiana, pero se ignora el fin que hiciese.

19. Volvióse despues á perseguir de nuevo á los hombres. Informado el Tono de que los prisioneros cristianos seguian constantes en la fé, ordenó que fuesen conducidos al monte Ugen para ser precipitados á las aguas hirvientes. Los siervos de Dios luego que escucharon la sentencia se pusieron en oracion, y en ella pasaron toda la noche. Al dia siguiente fueron conducidos á la cumbre del monte, en donde, así que llegaron se prosternaron al suelo para honrar el lugar del martirio. Un jóven llamado Pablo, abrazando á su padre, le dijo: — Padre mio: ¡qué gracias podremos dar á Dios, por la dicha que nos concede de morir juntos por la fé! — Este celoso cristiano fué el primero que debió ser precipitado en aquel espantoso vértigo. Arrojárone atado, y le volvieron á suspender fuera de las aguas para ver si queria renunciar á la religion cristiana; pero viendo que apenas respiraba y que estaba á punto de morir, volvieron á hundirlo en las aguas en donde quedó sepultado. Empezaron en seguida el martirio del animoso Joaquin, de quien ya se ha hablado.

Primero lo quemaron con porcion de aquella agua hirviente, y viéndole constante y fuerte en sufrir, le abrieron los costados por muchas partes con un cuchillo, y derramaron agua de la misma en las heridas, Joaquin con todo permaneció inmóvil hasta exhalar el último suspiro. Tomaron últimamente á Juan, el cual fué llamado á parte por un pagano, quien despues de haberle dicho algunas palabras, se dirigió á los jueces y les dijo que Juan se habia sometido á renegar. Pero al oír tal impostura, gritó Juan que era falso y que su voluntad y resolucion eran vivir y morir como cristiano. Irritados los jueces le hicieron abrir los costados y derramar de aquella agua en las heridas, mas el siervo de Dios sufrió con constancia repitiendo estas palabras: — Jesus mio, no aparteis de mí vuestra divina presencia. — Cansados finalmente los verdugos de martirizarlo lo ataron con los demas cristianos, á quienes faltaba todavía ajusticiar, y les echaron encima tanta agua hirviente, que quedaron todos muertos, y sus cuerpos como si hubiesen sido desollados vivos.

20. En este mismo año de 1627 fué puesto en la prision un cristiano llamado Leonardo por un robo que se le imputó, y del cual estaba inocente. Bucondono le ofreció la libertad si renunciaba á la fé, pero Leonardo respondió, que no haría tal por todas las riquezas del mundo. Enojado el tirano lo hizo traer á su presencia, y tomando un martillo le magulló crudamente los dedos de una mano, uno despues de otro, y le mandó restituir á la cárcel. Pasados algunos dias le hizo beber á viva fuerza una grande cantidad de agua, y cuando estuvo hinchado, lo hizo tender en el suelo y dispuso que un verdugo le subiese sobre el vientre, el

cual con los pies le hizo salir el agua juntamente con abundante sangre por los ojos, narices, y boca. En seguida lo mandó estender sobre una escalera de mano, y dispuso que le tirasen dos hombres por las manos y otros dos por los pies, para verificar con él un martirio semejante al de Procusto. Declaró el siervo de Dios que en este tormento fué consolado por su esposa Magdalena, ya mencionada, y que como vimos murió en el mar, cuya voz oyó claramente que le decia para confortarlo: — Animo, Leonardo, mantente fiel á Dios. — El Juez le mandó de nuevo á la cárcel y en ella ayunaba el santo mártir tres dias de la semana, vestía cilicios, y se daba disciplinas. En ella bautizó ademas á un idólatra, convirtió á dos apóstatas, y no cesó un punto de animar á todos los presos cristianos y sufrir con constancia y fortaleza por la fé de Jesucristo. El Señor finalmente acogió sus plegarias por morir mártir por la religion, y fué condenado á ser decapitado, que fué como consumó su glorioso sacrificio.

21. En el año siguiente de 1628 un Tono jóven, para contraer mérito con el emperador por medio de su crueldad, mandó á Xuridono que era uno de sus gobernadores, que obligase á todos los cristianos de sus estados á seguir la religion del pais. El gobernador que detestaba aquellas crueldades, le contestó, procurando apaciguarle, y diciéndole que en su demareacion no habia cristiano alguno. Pero un palaciego émulo del gobernador, registró una larga lista de los cristianos que debian hallarse en aquel gobierno y la entregó al Tono. Mandó en seguida este á preguntar al gobernador cual fuese el capitán mas aventajado de su gobierno, para ascenderle en su carrera, y poderle emplear en una co-

mision de importancia. El gobernador le contestó que la persona requerida era un tal Jemon, el cual era el mas exacto y entendido de todos los de su clase. Informado el Tono de que este era cristiano, contestó al gobernador, reprendiéndole ágríamente su propuesta, y haciéndole cargo de ¿cómo podria confiar parte de sus estados, si conviniese, á un cristiano? El gobernador hizo presente al Tono que si bien Jemon habia sido cristiano, no lo era ya. El Tono le contestó que en este caso le daria el ascenso indicado. El gobernador bajo esta inteligencia fué á ver á su amigo Jemon y procuró persuadirle á que aceptase tan ventajosas proposiciones; pero este le contestó que no habia cosa en el mundo que pudiera separarlo de la religion que profesaba. Informado el Tono de lo que pasaba dió orden al gobernador que lo hiciese al punto morir, y con él á su esposa y familia, y ademas á todos los cristianos de su gobierno. Contestó entonces el gobernador representando al Tono que los preceptos de la ley cristiana eran todos muy razonables y justos, y que entre ellos era uno de los principales el de sacrificar su vida por la salud del príncipe; y finalmente le hizo presente, que en caso de tenerse que llevar adelante sus órdenes, era necesario hacer morir á mas de tres mil individuos. El Tono no tomó en consideracion ninguna de las reflexiones de aquel, y confirmó cuanto habia dispuesto. El hijo mayor de Jemon llamado Tayemone, se hallaba gravemente enfermo, y al oír la noticia de la sentencia fulminada contra los cristianos, saltó del lecho, diciendo que se hallaba perfectamente sano, cuya mudanza decia deber á la alegría que le habia causado aquella nueva, y corriendo fué á abrazar á su padre. Este quedó muy consolado al ver

así á su hijo y dió gracias á Dios; y cuando le fué intimada la sentencia mandólas dar tambien al Tono por haberle condenado por tan santa causa. Habiendo en seguida mandado reunir á sus hijos, les dijo: — Hijos míos, nada me queda que desear viendo que Dios dispone el sacrificio de nuestra vida, cuya gracia le he pedido constantemente. — Los hijos dieron igualmente gracias á Dios por destinarlos á morir por su santa gloria. En esto se reunieron en torno de Jemon, Tecla esposa de Isibioyo, hijo segundo de aquel y la demas familia con los criados, anhelando el martirio. El buen Jemon quiso dejar algunas mandas á los criados, pero estos las rehusaron constantemente, hasta sus salarios, diciendo que todos querian morir por Jesucristo, y lo mismo dijeron los de Tagemone y de su hermano. Habia entre estos un page de pocos años, á quien se dispuso devolver á sus padres, mas rehusólo el jóven, y solo quiso tomar permiso para irse á despedir de ellos. Queriendo detenerlo en su casa, contestóles: que no queria perder tan propicia ocasion de sacrificarse por la fé. Huyó de sus padres y se presentó lleno de alegría en la casa de Jemon.

22. Los ministros de justicia se presentaron en la casa de este dos horas antes de amanecer, y ya encontraron á los siervos de Dios con las manos atadas á la espalda esperando el momento del sacrificio. Jemon les salió al encuentro con alegre rostro, y fué inmediatamente atado. Arrodillóse entonces, imitándole todos los demas, delante de una imágen de la Virgen santísima que tenian preparada en una vara á manera de pendon, y despues de haber orado la hizo llevar por un page acompañado de otro que tenia en la mano un cirio en-

cendido La santa comitiva salió finalmente de la casa en el orden siguiente : precedia la Virgen con los dos pages, detras de los cuales iban las mugeres, entre las cuales iba Tecla con un niño en brazos, que debia morir igualmente con ella, así como otra hija suya llamada Dominga á la cual llevaba su camarera : seguian luego los hombres, esto es, los criados primero, y despues los amos cerrando la marcha el animoso Jemon. Caminaban con tanta modestia que enternecian á cuantos los veian, hasta los idólatras. Así que llegaron al lugar del suplicio puestos de rodillas se encomendaron de nuevo á la Virgen santísima, y empezó el martirio. Primero fueron decapitadas las mugeres, en seguida sufrieron la ejecucion los hombres, quedando el último el anciano Jemon, que sufrió el golpe mortal invocando á Jesus y á María. La comitiva se componia de veinte personas. Faltaba ajusticiar á cinco criados de Jemon, los cuales esperaban la muerte resignados y animosos, pero se les puso en libertad. A pesar de esto antes de marcharse dijeron al juez :— Tambien somos cristianos como estos, ¿porqué no nos haceis morir con ellos? — Entre estos estaban los dos pages que habian traído y acompañado á la Virgen, los cuales de modo alguno querian admitir la libertad, de modo que fué necesario echarlos de allí á viva fuerza, hasta que al fin partieron para sus casas, llorando por no haber sido ajusticiados con los demas.

23. A poco, aconteció el sacrificio de otro escuadron de mártires, entre los que hubo una niña de trece años, que caminando al suplicio con su padre, fué arrebatada por unos gentiles que contaban con hacerla prevaricar, mas ella huyó de sus manos y se volvió á donde estaba

su padre puesto ya de rodillas y esperando esforzadamente el golpe de la muerte. Arrodillóse á su lado y ambos fueron al punto decapitados.

24. En seguida se procedió á otra ejecucion de cristianos de los cuales hacia cabeza cierto caballero llamado Pablo. El gobernador le mandó á decir que se dispusiese para la muerte, y el animoso caballero le mandó dar espresivas gracias por aquel beneficio. Pasada la media noche se le presentó un verdugo que debia quitarle la cabeza al despuntar la aurora. Púsose en oracion y llegada la hora se encaminó al suplicio. Quería seguirlo su esposa Magdalena, pero fué detenida por los guardias, haciéndole saber, que el Tono la habia perdonado á instancias de su padre. La generosa dama hizo presente que era una injusticia dejar con vida á la esposa cristiana, cuando se condenaba á muerte al consorte por ser cristiano. Un oficial viéndola llorar, le dijo, por consolarla, que le alcanzaria la muerte que deseaba, aunque el Tono no permitiria que fuese ajusticiada en público por la promesa que habia hecho á su padre; y que le prometia ir por la noche á cortarle la cabeza en su propia estancia. Oyendo Pablo los llantos y exclamaciones de su esposa por morir por Jesucristo, lloraba tambien de pura y santa alegría; y con este gozo y consuelo llegó al lugar del suplicio, en donde despues de una breve oracion recibió la corona del martirio, cayendo decapitado. No se ha podido averiguar si su esposa alcanzó el martirio que deseaba.

25. En el pais de Nacajama se contaban muchos caballeros nobles que eran cristianos, entre los cuales habia dos, llamados Antonio, é Ignacio. Las esposas de estos caballeros con el fin de salvarles la vida fueron á